

## La verdad, fuerza unitiva <sup>(1)</sup>

El hombre busca naturalmente la unión con sus semejantes: nace siendo un ser social. Pero apenas ha realizado esta unión, intervienen mil causas para romperla, o para restringirla, o para dirigir la unión de unos contra la unión de otros. De ahí las rivalidades, las luchas, las guerras.

Esta es la paradoja: los hombres tienen al mismo tiempo un amor innato a la paz y por otro lado una gran facilidad para dividirse y combatirse unos a otros.

### I.— ¿COMO DISMINUIR LA VIRULENCIA DE LOS FACTORES DE DIVISION?

1. ¿Cómo hacerlo para disminuir la virulencia de los factores de división? La historia nos presenta varias soluciones. Una de ellas consiste en mantener todo un pueblo en la unión, o por lo menos sin guerra y sin revueltas, por los medios del terror, como cuando «el orden reinaba en Varsovia».

No nos es preciso juzgar aquí este sistema, por el cual un solo hombre o a lo más un pequeño número de hombres, reducen a todos los demás a la condición de esclavos o de víctimas.

2. Otra solución, enteramente opuesta, y muy en boga en nuestros días, se compendia en la «tolerancia». Ya han tomado partido en la cuestión de la división de los espíritus y de la diversidad de conducta; y piden a cada uno que no se irrite contra los que piensan de modo distinto, que no busque imponer su propio modo de pensar o de obrar, y hasta que se esfuerce para ver qué hay de loable en los otros.

Esta solución es buena y hasta indispensable, supuesta la situación presente del mundo, pero con la condición de que ob-

(1) Hemos pedido al R. P. Boyer, S. I., que nos diese, para publicarla en *ESPIRITU*, la magnífica comunicación que tanto interés despertó en el Congreso Internacional de Bruselas, y agradecemos desde aquí que haya accedido a que publiquemos su estudio que por una parte es tan sumamente sencillo y asequible, pero que por otra parte toca con criterio tan certero un tema de perenne actualidad. La traducción que insertamos no reproduce, pues, exactamente el texto publicado en las Actas (vol. X, págs. 188-192) sino que le añade una estructuración de su contenido.

serve justos límites y que no los rebase, como sería para conservar la paz hasta perder las razones que hacen la paz apetecible: *et propter vitam, vivendi perdere causas*.

### II. DOS CLASES DE LIMITES DE LA TOLERANCIA.

Ahora bien, hay dos clases de límites en la tolerancia: una de ellas es admitida fácilmente; la otra a veces, según nos parece, no se la tiene en cuenta.

1. Una primera clase de límites está constituida por aquel minimum de máximas y de normas, sin los cuales el intercambio y trato entre los hombres sería inconcebible. No señalar ningún límite a la tolerancia equivaldría a decir que todo está permitido. Es imposible llegar hasta ahí. Hasta las legislaciones más tolerantes protegen ciertos principios, imponen ciertas obligaciones, castigan ciertos actos. Aquello que atenta manifiestamente contra los primeros principios de la moralidad, no es tolerado en ningún pueblo civilizado. En todos los códigos se halla un cierto respeto a la dignidad humana y al bien común. No, la sociedad no puede permitirlo todo. Va en ello su misma existencia y su honor.

2. La otra clase de límites que deben imponerse todos los sistemas de tolerancia, consiste en no dificultar el progreso y la difusión de la verdad. *Es preciso que la necesidad de tratar por igual en la práctica opiniones muy diversas, no conduzca a pensar que importa poco (hasta en las cuestiones más graves) sostener una u otra opinión. La tolerancia no ha de extinguir la pasión por la verdad. No ha de crear un ambiente favorable al indiferentismo y al escepticismo.*

Me parece útil insistir sobre esta segunda clase de límites de la tolerancia. ¡Es tan importante que se tengan presentes en las grandes asambleas nacionales o internacionales, cuando se trata de cuestiones de enseñanza, de educación o de problemas morales!

### III. TOLERANCIA SIN RELATIVISMO.

Sucede efectivamente que se toman las medidas de tolerancia a propósito de estas cuestiones. Cuando se trata de ciencias matemáticas o físicas, sólo hay la preocupación de promover su adelanto. No dividen los espíritus, sino que los unen en el dominio que les es propio. A lo más habrá que estar alerta para guardar una justa imparcialidad o tolerancia cuando se trata de distribuir los medios necesarios para adquirir y cultivar estas ciencias.

Las ciencias morales, por el contrario, que ponen en juego la libertad individual, presentan aspectos muy diversos, implican principios generales sobre los cuales no todos están de acuerdo, e imperan acciones prácticas que no todos están dispuestos a aprobar. En su dominio están divididos los espíritus; en su dominio entra en juego la tolerancia, y en él han de ser defendidos los derechos de la verdad.

Aquí surgen con frecuencia las resistencias. Se teme que el afán de la verdad conduzca a la opresión de los espíritus. Si, bajo pretexto de verdad, usted protege una determinada opinión —se dice— ¿no será usted injusto contra los otros, y no establece usted un principio cuyas aplicaciones serán difíciles de regular?

Sin duda hay aquí una dificultad. Pero no pudiendo tratar de todos los puntos al mismo tiempo, reservamos para otro estudio la cuestión de la armonización entre los derechos de la verdad y la libertad de pensar. De momento supongamos que esta armonización es posible —realmente lo es— y buscaremos ahora solamente cómo evitar que la tolerancia sea nociva al progreso de la verdad.

En este punto no podemos tener más adversarios que los *relativistas absolutos*, si se pueden yuxtaponer, sin caer en un contrasentido, estas dos palabras. Estos nos dirían: «Usted supone la existencia de verdades definitivas, capaces por tanto de imponerse a todos los espíritus; pero la historia del pensamiento nos muestra que esto es una ilusión. Nuestras verdades sólo son aproximativas; están influidas por el tiempo, por el medio ambiente, por la cultura, por los acontecimientos. Muy pocos hombres piensan lo mismo sobre los puntos más importantes. Es, por tanto, una utopía buscar el acuerdo de los espíritus en la verdad».

1. A esto respondemos que tanto de hecho como de derecho hay verdades aceptadas por todos los hombres, y que es posible mediante un uso ordenado de la inteligencia, aumentar su número. Si uno no quiere quedar reducido a un mutismo total, que más bien atañe a los escépticos, se ve obligado a conceder que hay certeza sobre algunos primeros principios de la razón especulativa y práctica. Hasta el más insignificante de nuestros juicios implica la afirmación de un absoluto: estamos seguros que es así o que no es así, o por lo menos de que es dudoso que sea así. Nadie puede prescindir de la verdad.

Vayamos más lejos: de hecho las verdades aceptadas moralmente por todos, son ya numerosas. Cuando las asambleas de naciones se preocupan de enumerar los derechos del hombre, no encuentran, ciertamente, un consentimiento universal en todos los puntos, pero lo obtienen en un gran número de ellos. Muchas ideas están tan próximas a los principios comunes a todos, que su solo enunciado equivale a una enseñanza eficaz, desarrollando

espontáneamente cada uno en sí mismo un fácil razonamiento que las justifica.

Es, pues, posible determinar más y más esta base de acuerdo y extenderla luego gradualmente, no con violencia, sino poniendo las inteligencias en las mejores condiciones para que vean lo que hay.

No nos será ahora preciso desarrollar ampliamente las razones de sostener los intereses de la verdad. El motivo fundamental es que somos hombres y que tenemos una inteligencia capaz y ávida de verdad. El gozo de conocer es por sí mismo tan grande, como noble. Manifiesta nuestra naturaleza espiritual y una de nuestras tendencias más profundas. En particular, el conocimiento de nosotros mismos, de todo lo que puede explicar nuestro origen, nuestra constitución, nuestro destino, es para nosotros algo de un interés supremo. ¿Qué más buscan los filósofos? Y hasta los que no se ocupan en la filosofía, pero que se interesan por las obras de literatura, novelas, teatro, cine, ¿no se sienten atraídos, y como subyugados, sobre todo por la presentación del hombre, es decir, de ellos mismos? Sentimos que nuestra acción y que nuestra felicidad en cierto modo también dependen de nuestro saber. De hecho nuestra conducta no es razonable más que si la declaramos a la luz de la verdad. El primer bien de todo hombre es el conocimiento de aquellas verdades que le permitirán vivir humanamente. Los que quieren el bien de los hombres, no pueden descuidar el modo de facilitarles la adquisición de este bien.

2. Pero querría indicar brevemente otra razón que es la misma que hace admitir la tolerancia. Quieren mantener la paz entre los hombres y para conservarlos unidos les persuaden que soporten sus diferencias, hasta en materias políticas, morales o religiosas. Y efectivamente consiguen así relaciones pacíficas y útiles colaboraciones entre hombres, a los que dividen entre sí muchas opiniones diversas. Pero ¡cuánto más los une la adhesión a una misma verdad! La verdad es un bien común; está en todos, pero permanece *una* y comunica a todos su unidad. Ella es lo que amamos, en los que la aceptan. Ella es la que produce el mismo amor y la misma conducta. Hasta dentro del terreno dejado a la tolerancia (y lo repito que siempre quedará, y bastante extendido), lo que en el fondo une a los hombres es un sistema de verdades: el reconocimiento de la dignidad del hombre, el aprecio de la libertad, un cierto ideal, el cuidado del bien general. Si en vez de contentarse con esta parte común de verdad, o si hasta en vez de disminuirla en cuanto se presenta la primera dificultad, tendiésemos a aumentarla, aumentaríamos con ello la fuerza y la eficacia de la unión. Cuanto más determinado y rico de contenido sea el ideal común, tanto más profundo y duradero será el acuerdo entre los que este ideal arrastra en pos de sí.

## IV. LA VERDAD, FUERZA DE UNION.

Una unión que deja subsistir profundas diferencias de pensamiento está constantemente amenazada de quebrarse, y en todo caso tiene algo de forzado, por lo cual es algo más bien soportado que verdaderamente amado. Por el contrario el vínculo que crea la adhesión a la misma verdad es lo más dulce que puede haber. Es el más conforme a la naturaleza del hombre. Es aceptado espontáneamente y con gozo, mientras que los otros lo son por necesidad.

«Sin duda —dirá alguien—, pero para conseguir este efecto no es preciso recurrir a la verdad. Hemos visto a hombres que se unían y se sacrificaban por un ideal bárbaro con el que antes les habían fanatizado. ¿No será mejor contentarse en cuanto al conjunto de los hombres, con algunos principios universales, y dejar a cada uno que cuide de añadirles lo que le parecerá útil?»

No se trata ahora de unir a todos los hombres por todos los medios, sino por el de la verdad, que es entre todos el más conforme a la naturaleza del hombre. Es también el más sólido. La unión creada por el error es quebradiza. Pronto se rompe o hasta desaparece totalmente: pues el error puede ser siempre reconocido. La verdad permanece siempre y los vínculos que forma son por su misma naturaleza eternos.

Cuando se trabaja, pues, para promover la paz entre los hombres, se ha de mantener el afán de la verdad; se ha de estar atento a no crearle un medio ambiente hostil; favorecer su búsqueda. Y que sepamos reconocerla cuando aparece.

La acción para el progreso de la verdad ha de ser llevada a cabo indudablemente, con una delicadeza extremada. No toca a las asambleas parlamentarias o internacionales fijar por un decreto qué es verdadero y qué es falso, por más que estas asambleas decidan según lo que crean verdadero o falso. Pero en cambio les atañe mostrar un gran respeto hacia la verdad, buscarla con cuidado, no obstaculizarla nunca, crear tales condiciones ambientales que en ellas pueda manifestarse y desarrollarse. Este amor a la verdad los empujará, ya a la tolerancia respecto de una opinión diversa de la suya propia, pero que puede estar acertada, ya a favorecer positivamente a aquéllos que por su desinterés y por la nobleza de sus intenciones, parecen capaces de extender un poco más de verdad entre los hombres. En todo caso no confiarán a la sola tolerancia el cometido de unir a los hombres, sino contarán también, y con más seguridad, en la fuerza unitiva de la verdad.

CHARLES BOYER, S. I.

PROFESOR DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA  
(ROMA)

## Psicopedagogía de la niña

El destino esencial de la mujer es la maternidad, el cuidado y perpetuación de la familia, misión que supone infinitos cuidados y derroche de inagotables tesoros de inteligencia y de amor durante la mayor parte de los años de la vida femenina adulta.

De acuerdo con esta misión está constituida la Psique femenina. Veamos, pues, cómo es esta psique y sus diferencias con la del varón, porque estas analogías y diferencias de los adultos nos mostrarán las analogías y diferencias de la psique infantil, según el sexo.

A este respecto no será ocioso recordar la fina y profunda opinión del P. Feyjóo, agudísimo autor del siglo XVIII, muy controvertido y con frecuencia muy mal entendido. Asegura el sabio benedictino que: «Las cualidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas mejores en sí mismas. Las prendas en que exceden los hombres les constituyen mejores, esto es, más útiles, para el público».

Difícil es sintetizar mejor en pocas palabras las diferencias entre varón y mujer. Tratemos de averiguar ahora en qué consisten esas diferencias que hacen al hombre más adecuado para la dura lucha social y que constituyen a la mujer mejor en sí misma.

## DIFERENCIAS ENTRE VARON Y MUJER.

A poco que se observe, salta a la vista que la mujer es físicamente más débil. Esta característica se acusa también en seguida entre el niño y la niña y de ello surgen diferencias en cuanto al modo de ser de ambos ya que, por ser más fuertes, el hombre y el niño son más impulsivos, más osados.

La mujer y la niña, convencidas en cambio de su debilidad física, son tímidas. No tratan de imponerse directamente, pues que, en lo más íntimo de su ser, están seguras de que por la fuerza casi siempre fracasarían. Por eso la niña es de ordinario menos franca, más disimulada y más perseverante. La paciencia y la perseverancia son las virtudes que a los débiles hacen fuertes y en ellas radica una buena parte de la fortaleza de la mu-